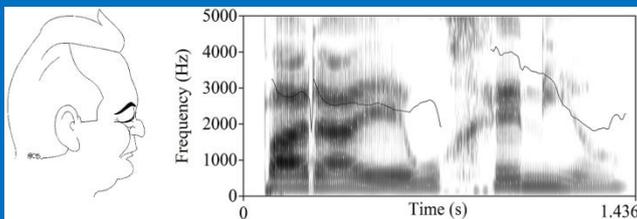


Eugenio Martínez Celdrán

0

“El hombre que acogió a un exiliado”

José Matas Crespo



Fernández Planas, A. Ma. (ed.) (2016): *53 reflexiones sobre aspectos de la fonética y otros temas de lingüística*, Barcelona, págs. 513-519.

ISBN: 978-84-608-9830-6.

Eugenio Martínez Celdrán

o «El hombre que acogió a un exiliado»

José Matas Crespo
www.josematascrespo.com
correo@josematascrespo.com

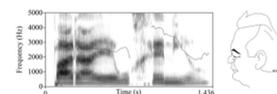
Para Eugenio, con gratitud y admiración por una vida entregada a la fonética, por su valentía y por haber hecho mejores a los que estuvimos a su lado.

1. INTRODUCCIÓN

A Eugenio lo conocí un mañana primaveral de finales del mes de mayo o primeros de junio de 1996. Extraño sonaría decir «del siglo pasado», aun siendo cierto, por parecerme algo reciente todavía, pese a haber pasado ya 20 años. Él rondaba por aquél entonces los cincuenta y yo mis convulsos 25; un hombre sereno y atento que me doblaba la edad, consagrado académicamente y que me miraba con cierto recelo después de que hubiera entrado yo a su despacho, de la Facultad de Filología a eso de las once de la mañana, en la primera planta del claustro de letras, sin cita previa, aprovechando las horas que dispensaba de atención a los alumnos.

Me presenté de improviso y, sin preámbulos ni titubeos, pese a mi desazón interior (estaba hecho un flan), le pedí «exilio académico», recuerdo literalmente estas palabras. Necesitaba un nuevo director y alguien que acogiera mi proyecto de tesis. Engrandó los ojos y se retrepó en la silla, o sillón, irguió el cuerpo y me miró con sorpresa. No era para menos. No me conocía de nada y mi historia de excomunión de la Facultad de Psicología (de la que le advertí sin reparos, en esa misma Universidad de Barcelona), lo dejó perplejo. La facultad en la que me había licenciado y me había acogido como becario predoctoral, me repudiaba pocos meses después (el motivo, no viene a cuento ahora). Desde luego, no era un buen preámbulo para pedir su tutela como director.

Conservo más vívido ese primer encuentro que el que vino después y los sucesivos, pues en contra de lo razonable y a favor de mis esperanzas me acogió como becario predoctoral en el Laboratorio de Fonética, no sin haber dado instrucciones a Ana María Fernández Planas (por entonces también becaria) de que me vigilara de cerca y estuviera pendiente de mi quehacer y del cumplimiento de mis obligaciones (ella misma me lo contó meses más tarde, entre risas). Tampoco tardó Eugenio en bajar la guardia al tomar conciencia de que era un alumno aplicado y comprometido con el trabajo, de trato afable y solidario con cuanto se desarrollaba en su grupo de investigación. Posiblemente lo predispuso a ello que no tuviera en muy buena consideración a quién me había repudiado, que le guardara cierto recelo después de algún desencuentro profesional entre ellos y al que se refirió bastantes meses después, cuando yo ya era de confianza y nos podíamos reír de cómo había llegado al laboratorio.



En aquellos primeros meses ya me di cuenta de la talla profesional y la calidad humana de Eugenio, de la admiración y respeto que imponía su sola presencia y del afecto que profesaba en todos los alumnos y profesores que rondaban el laboratorio entonces. He de recordar además de Ana María Fernández, a Lucrecia Rallo y a Alicia Ortega, compañeras becarias también, y a las profesoras Janina Espuny, Valeria Salcioli, Lourdes Romera y Sabela Labraña (lamentable y recientemente fallecida el pasado mes de diciembre). El buen ambiente estimulaba el trabajo, en jornadas de mañana y tarde, frente a la cabina de grabación y los analizadores de sonidos, que culminaría con la lectura de varias tesis doctorales, incluida la mía propia, después de un parón de varios años, en enero del 2006.

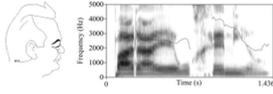
Tras doctorarme, a excepción de la revisión de algún artículo para la revista *Estudios de Fonética Experimental*, no he vuelto a frecuentar la investigación científica. No por ello he perdido el contacto con Eugenio y mis compañeras de entonces, especialmente con Ana María. A Eugenio lo he visto poco estos años, dos o tres veces desde mi doctorado.

2. METODOLOGÍA

A la hora de brindarle mi modesto homenaje en honor a una vida dedicada al estudio de los sonidos del habla, busqué una opción diferente, quizá, al conjunto de aportaciones, para este libro conmemorativo, y le pedí tres fotografías con objeto de comentarlas. Tres fotografías tuyas, las que él quisiera y por los motivos que quisiera, con el único condicionante de que él apareciera en ellas como protagonista, o de forma significativa, y así hacer un dibujo de su persona a través de las mismas, sin conocer ni dónde ni en qué circunstancias habían sido tomadas.

2.1. Primera foto: con el primer hijo

En esta primera (véase la foto 1) aparece de joven, quizá con la edad que yo tenía cuando me acogió, pero ya con mujer e hijo. La fotografía está tomada en la calle, con una puerta de madera de fondo, posiblemente la de un garaje, el de la propia casa de entonces o a la salida de un restaurante, de un día de verano, caluroso, no sé si al final de la tarde o en una mañana nublada, no hay sombras que endurezcan los rostros. El de Eugenio de íntima satisfacción pese a la mínima sonrisa, la cara ladeada levemente a la derecha, de galán entrañable, un rostro sereno y tranquilo, afeitado y pulcro, de frondoso pelo, peinado hacia atrás, pero con la informalidad de quien no ha invertido demasiado tiempo en acicalarse. La camisa de cuadros, también casual, ceñida de torso y mangas, le dan un aspecto orondo, en consonancia con la cara, en la que no se aprecia urgencia ni prisa, más bien todo lo contrario, satisfacción por haber comido bien, o así lo denotan las arrugas del pantalón, después de haber pasado largo rato sentado a la mesa quién sabe si con motivo de la celebración del bautismo del niño, para tomarse una última foto tras el banquete, llegada la hora de irse, antes de volver a casa. Eugenio aparece detrás de su mujer, sin querer tomar demasiado protagonismo, con el brazo derecho oculto tras la espalda, en una pose casi marcial, de quien saca pecho. Ambos padres comparten frente a la cámara una mirada de ilusionada complicidad, por esta bendición del primer hijo y todo el camino



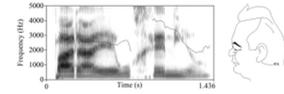
que está por recorrer. No obstante, a Carmen se le nota el cansancio en el rostro y también en la mirada, con las prominentes ojeras pese a los lentes no tan oscuros, debido seguramente a las estrenadas noches en vela y la convalecencia del parto. Hay sin embargo una mueca de satisfacción y hasta cierta coquetería en los gruesos labios, de mujer joven y guapa, o quizá por sentirse segura con la mano de Eugenio que la sujeta, un gesto decidido y enérgico el de él, casi posesivo, que estira levemente la manga de la camisa de la que también cuelga el bolso. En el anular de la mano de Eugenio, el anillo de casado, que también luce en la siguiente fotografía, la más actual, una foto posiblemente también de celebración familiar, más informal incluso, en esta sin duda después de haber comido, con el postre sobre la mesa, interrumpido por alguien justo antes de empezar a saborearlo, quizá el mismo hijo del primer retrato ya crecido y que ahora, detrás de la cámara, inmortaliza a los padres de tenue nostalgia en la mirada, especialmente la de Carmen.



Foto 1. *Con el primer hijo.*

2.2. Segunda foto: comida familiar

Los rostros de ambos (véase la foto 2) buscan la sonrisa sin lograr alcanzarla, pero tampoco se aprecia disgusto o enfado por estar posando, simple aceptación, quizá ya no les apetezca mostrarse demasiado ni quedar retratados a estas alturas en las que se ha perdido la frescura de la juventud. Los labios de Carmen han adelgazado con respecto a la foto con el niño en brazos, sin rastro de las ojeras ni de la coquetería de entonces. Han pasado los años y ahora el camino anticipado ya se ha recorrido. Aún y así persiste la



mano de Eugenio sobre el hombro de Carmen, en esta ocasión de forma tan distinta, más arriba, sobre el hombro. Ya no es una mano enérgica y vehemente que aferra, es una mano serena que acoge y a la vez descansa. Una mano que emerge como metáfora del lugar de paz que ambos han alcanzado tras haber cumplido felizmente con su proyecto de vida, el que iniciaban o habían iniciado ya antes de tener a su primer bebé en brazos.



Foto 2. Comida familiar.

2.3. Tercera foto: al final del acto

De último, es la tercera fotografía (véase la foto 3) la que me resulta más cercana por época y contexto. Podría datarla en la en los meses posteriores a mi lectura de tesis, quizá en la misma sala en la que leí la mía y contigua al laboratorio. De hecho, creo recordar a Eugenio con la misma ropa que aparece en ésta, la camisa azul cielo, primaveral y lisa bajo la americana oscura, se diría que negra, aunque no podría negar que fuera de un azul oceánico muy opaco. El pantalón gris vuelve a aparecer con las inevitables arrugas de quien ha pasado largo rato sentado y luego se levanta satisfecho de poder estirar las piernas. A su lado, probablemente, dos profesores de la facultad; está claro que la fotografía se ha tomado después de un acto académico, no hay solemnidad en ninguno de ellos, pero no tampoco duda de que el motivo no ha sido otro, tal como denota el pliego de la profesora que aparece a la derecha y que sujeta levemente con las manos relajadas, casi sin esfuerzo. No así los hombros que parecen tensos e incómodos al igual que la mirada y la sonrisa algo forzada, como si lo que estuvieran contemplando los tres fotografiados causara sólo franca hilaridad en Eugenio, con las manos en los bolsillos en actitud completamente alegre y campechana, posiblemente asistiendo conjuntamente con el acompañante de la derecha a alguna chanza impropia del lugar o la ocasión, y ante la que éste otro profesor o doctorando queda disimuladamente sobrecogido, con ambas manos sin encontrar la perfecta ubicación y el desenfado de Eugenio.

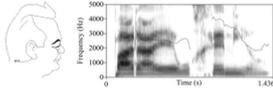


Foto 3. Al final del acto.

3. CONCLUSIONES

En las tres fotografías Eugenio cobra especial protagonismo sin aparecer en primer plano, se muestra transparente y de trato fácil, como pocas personas he conocido cuando éstas han alcanzado posición y cargo y se saben referentes en aquello de lo que se ocupan. Quizá esa es la lección de mayor calado que de él he sacado, que es posible alcanzar reconocimiento y éxito sin estar demasiado pendiente de uno mismo, sin necesidad de fingimiento o impostura. Un profesor integrador, capaz de sacar lo mejor de cada uno, incluso de un psicólogo que había acabado de rebote enfrascado en una tesis doctoral de fonética acústica. Fueron aquellos años, de mis 25 a mis 29, cruciales para alcanzar una de las metas que me había marcado y tomo conciencia ahora de que no habría sido posible sin él, tomo conciencia de lo distinta que habría sido mi vida si se hubiera arrugado, si se hubiera dejado llevar más por el recelo que por la seguridad de que quien no teme, porque no le debe nada a nadie, si no hubiera asumido el riesgo de aceptarme en el laboratorio y como mínimo darme una oportunidad. Recuerdo sus ojos vidriosos y conmovidos al final de mi lectura de tesis, cuando le di las gracias públicamente por no haber mirado para otro lado, por haberme hecho un sitio entre los suyos.

4. SIN OPCIÓN A DISCUSIÓN

De alguna manera, estas tres fotografías y la manera en la que aparece en ellas, recogen lo que Eugenio significó y significa para mí, alguien que supo acogerme en mi momento más difícil cuando lo más fácil habría sido no comprometerse. Porque hombres como él hacen del mundo un lugar mejor. Gracias por todo, Eugenio. Gracias, de verdad.
